

ALFAGUARA

Carmen Boullosa  
Texas

**T E J A S**

¡Nos birlaron el territorio!, porque bien mirado, ¿cuál compra?, ¿cuál guerra?, por más que le den a la hilacha, fue hurto. La pérdida de la mitad del territorio mexicano era reciente. Tras la independencia de Texas, su anexión a Estados Unidos y la intervención estadounidense en México que desplazó al sur la frontera, los mexicanos de la región se encontraron con que ya vivían en otro país y enfrentaron la codicia de los norteamericanos. Así las cosas, un día de 1859, en la ciudad fronteriza de Bruneville, Texas, el sheriff Shears insulta a Nepomuceno: «Cállate, grasiento pelado». El agraviado es un rico terrateniente mexicano, y el agresor un mal carpintero norteamericano que porta la insignia porque nadie más la quiere. La noticia del insulto corre veloz por Bruneville, sube hasta el Río Nueces, incursiona la Apachería, también camina hacia el sur, cruza el río Bravo, pasa por la ciudad vecina (Matasánchez) y se sigue. Ambos desenfundan sus armas y Shears queda herido por un disparo de Nepomuceno, quien huye, cruza el río y acampa en territorio mexicano. Los odios apenas contenidos se desatan. Los rangers preparan la venganza. Un ejército de voluntarios variopintos se forma alrededor de Nepomuceno e invade Texas.

*a Mike, María y Alonso, Juan y Elisa,  
y a mi primer nieto*

# Pequeña nota de un intruso (que se la salte el que quiera)

Mejor decirlo de una vez para no irnos embrollando: este es el año de 1859.

Estamos en las riberas norte y sur del Río Bravo, en Bruneville y Matasánchez —a caballo, si trotamos hacia el poniente, llegaríamos en media mañana al mar.

Bruneville y Matasánchez se hacen llamar ciudades, ya ustedes juzgan si mejor las piensan pueblos.

Dos cosas debo decirles de ellas: Bruneville pertenece al Estado de Texas, Matasánchez a México. La primera que digo (de Bruneville) vale desde hace poco, me regreso hasta el año 21 para entenderle, a cuando México declaró su Independencia.

En ese año, el Lejano Norte no estaba muy poblado, aunque sí había algunos ranchos salpicados —como los de doña Estefanía, que es dueña de tierras del Río Nueces al Río Bravo, para recorrer sus propiedades de sur a norte habría que cabalgar cuatro días.

Entonces abundaba el búfalo. Corrían libres los mustangos. Como todavía no se sembraba demasiado pasto, no era muy frecuente encontrar a la vacada enramada en docenas, pastaban a lo mucho de a tres en tres. Pero lo que sí había, y en abundancia, eran indios, y esos venían en puños.

Más al noreste estaba la Apachería, desde que Dios hizo el mundo vivían en esta región los indios, se les habían ido pegando otros diversos que venían del norte, echados de sus lares por los americanos, o nomás huyendo de ellos. Como eran tan distintos (a algunos les daba por el cultivo, a otros por la caza y curar pieles, a otros por la guerra), no

convivían sus vecinazgos en santa paz por más que les digamos parejo indios, no hay remedio.

Para proteger la frontera norte de la voracidad europea y de los indios guerreros, el gobierno federal mexicano invitó a americanos a poblarlas. Les prestó tierras o se las dio condicionadas y a algunos también cabezas de ganado. Para dejar los puntos claros, les hizo firmar contratos en que juraban ser católicos y ser leales al gobierno mexicano.

Lo que se les negó desde un principio fue importar a México esclavos, y si acaso, tras mucha presión de su parte, se les permitía traer algunos, a cuentagotas.

En el 35, los gringos correspondieron a la generosidad mexicana declarando su independencia. Sí, pues, pensaban en su propio provecho, sobre todo por lo de los esclavos. La novísima República (esclavista) de Tejas puso su frontera sur en el Río Nueces.

Ya para entonces había comenzado la sembradera de pasto ganadero, quemaban el huizache, arrojaban sobre la tierra las semillas envidiosas del alimento mientras la vacada se reproducía a marcha forzada. Al búfalo lo diezmaban los ciboleros. La flecha del indio cazador zumbaba a menudo de balde, sin encontrar presa.

Ni hace falta decir que el gesto de los texanos le sentó como patada al gobierno mexicano y alborotó el avispero de sus terratenientes y rancheros.

Luego, en el año 46, la República de Texas se anexó a los americanos, y pasaron a ser un estado más de ellos, la estrella solitaria.

Inmediato Texas argumentó que su frontera llegaba hasta el Río Bravo.

Ya se sabe lo que siguió, nos invadieron los americanos.

En el 48, después de la invasión (que ellos llaman Mexican American War, ¡habrase visto!), se decretó que la frontera oficial estaba en el Río Bravo. Para clavar su pica en Flandes, los texanos fundaron Bruneville donde antes no había habido más que un muelle de Matasánchez plantado

ahí para el porsiacaso. Matasánchez se convirtió en ciudad fronteriza.

A Bruneville comenzaron a llegar inmigrantes de muchos lugares, algunos gente de bien, y abogados americanos dispuestos a poner la ley en orden, que es decir a cambiar las propiedades a manos de los gringos. También todo tipo de bandidos, los ya mencionados (los bien vestidos que roban detrás de un escritorio) y los que se esconden la cara con los amarres de sus pañuelos. Y había de los bandidos que hacían un poco de los dos.

Ahí, como estaban las cosas, ocurre esta historia, en el momento de la Gran Ladronería:

**Primera parte  
(que empieza en Bruneville,  
Texas, en la ribera norte del  
Río Bravo, un día de julio)**



Raya el mediodía en Bruneville. El cielo sin nubes, la luz vertical, el velo de polvo espejeante, el calor que fatiga la vista. En la Plaza del Mercado, frente al Café Ronsard, el sheriff Shears escupe a don Nepomuceno cuatro palabras:

—Ya cállate, grasiento pelado.

Las dice en inglés, menos la última, *Shut up, greaser pelado*.

Cruza la plaza Frank —uno de los muchos mexicanos que se malganan la vida de correveidile en las calles de Bruneville, un *pelado*—, venía diciéndose (en inglés, lo hablaba tan bien que le cambió el nombre —antes era Pancho López) «y que le urge... y que le urge», acaba de despachar (una libra de hueso y dos de falda para el cocido) en la casa del abogado Stealman. Oye la frase, alza la vista, ve la escena, literalmente salta los pocos pasos que lo separan del mercado y corre a repetírsela a bocajarro a Sharp, el carnicero, «El nuevo sheriff le dijo» tal y tal «al señor Nepomuceno», y de un hilo añade, en un tono muy distinto, maquina, como exhalando, «que dice la señora Luz que dice La Floja que si les envía cola para la sopa», casi ya sin aire termina con «que le urge», lo que se había venido repitiendo en voz baja, a cada dos pasos desde la casa de los Stealman hasta aquí, aunque luego casi se le disolvieran las sílabas por el chisporroteo de la frase ardiente.

Sharp, el carnicero, no se da tiempo para pensar qué o qué de la noticia, no toma partido, ni «cómo se atreve a hablarle así a don Nepomuceno, el hijo de doña Estefanía, nieto y bisnieto de los dueños de los más de mil acres de tierra de Espíritu Santo, donde están Bruneville and este carpinteritos venido a más, sheriff de chiripa», ni tampoco

«¿Nepomuceno?, ese tal por cual, maldito robavacas, bandido pelirrojo, por mí que se pudra», que ya se repetirían luego hasta el cansancio. Por el momento, la sorpresa. Desde atrás de su tabla de destazar, con la mano izquierda en la frente, en la derecha el cuchillo y el brazo extendido, se desliza (como patinando sobre aceite) los dos pasos que lo separan del comerciante vecino, el pollero, y repite en español lo que le acaba de decir Frank, tras un «¡Oye, Alitas!» (mientras le habla, con la punta filosa del cuchillo pinta en el piso de tierra una línea irregular).

Hace tres semanas que Sharp no cruza palabra con Alitas el pollero, dizque por una desavenencia en la renta del puesto del mercado, pero todos saben que la gota que derramó el vaso fue que intentó conquistar a su hermana.

Alitas —feliz de que se interrumpa la ley del hielo y por esto en un tono que parece aplaudir la nueva— repite casi a gritos «Shears le dijo a Nepomuceno *¡Cállate grasiento pelado!*»; la frase pasa a la boca del verdulero, este se la repite al franchute de las semillas y el franchute la lleva al puesto de telas de Cherem, el maronita, donde miss Lace, ama de llaves de Juez Gold, pondera la pieza recién llegada, un material que ella no conoce, parece perfecto para vestir las ventanas de la sala.

Sid Cherem traduce la frase al inglés y explica a miss Lace que si Shears que si Nepomuceno, ella deja la tela, pide a Cherem se la aparte y se apresura a llevar el chisme a su patrón dejando atrás a Luis, el niño flacucho que le carga las dos canastas repletas. Luis, distraído de sus deberes, revisa en un puesto vecino las ligas (una es ideal para su resortera), ni cuenta se da de que se le va miss Lace.

Miss Lace cruza la Plaza del Mercado por el costado opuesto al Café Ronsard. Tiene que encontrar a Juez Gold, corre y corre media cuadra, lo ve saliendo de su oficina, a pocos pasos de la alcaldía.

Hay que aclarar que a Juez Gold se le dice así pero poco tiene de juez, lo suyo es llenarse la cartera, su negocio

es el dinero, a saber cómo se ganó el apodo.

«Ya le llegó el día a Nepomuceno», es la respuesta que le da Juez Gold porque le acaban de pasar otro chisme y, con los dos en mente, sigue su camino hacia la alcaldía —le queda a tiro de piedra, en la esquina—, de donde justo salen, y bien enfadados, los hermanos de Nepomuceno, Sabas y Refugio, hijos del matrimonio anterior de doña Estefanía.

Sabas y Refugio son dos hombres de buena pinta, de lo mejor entre las mejores familias de la región. Lenguas viperinas dicen que no pueden explicarse cómo doña Estefanía crió estas joyas y después al díscolo maleducado de Nepomuceno, que ni sabe leer —aunque otros dicen que es mentira absoluta que Nepomuceno sea iletrado—. En cuanto a su aspecto, por nosotros que es el más bien parado y bien vestido de los tres, sus modales de príncipe.

Sabas y Refugio adeudan a Juez Gold demasiadísimo dinero. Se habían presentado a declarar ante el juez White (ese sí es juez, lo de justo está por verse) (los mexicanos lo apodan el Comosellame) momentos después de que lo había hecho Nepomuceno —esperaron a que un recadero (Nat) les avisara que ya se había ido su mediohermano para no cruzarse con él—. Nat fue también el que avisó a Juez Gold que el juicio quedaba detenido «hasta nuevo aviso» —mala cosa para Sabas y Refugio, quieren se falle pronto para embolsarse la recompensa prometida por Stealman, y peores para Nepomuceno.

Se escucha un balazo. Nadie está para espantarse de eso —por cada quinientas piezas de ganado que uno quiera a buen resguardo hay que contratar cincuenta pistoleros, cada uno de los cuales pasará por Bruneville; de cualquiera pueden esperarse tropelías, hechuras de todo tipo de violencias, que ni decir cuántos disparos.

Juez Gold avienta encima de Sabas y Refugio la frasecita del sheriff, mientras dice para sí: «Ya que no me podrán pagar en quién sabe cuánto, siquiera tener el gusto». Inme-

diato él es quien se siente incómodo: no hay necesidad, qué gana con esto. Así es Juez Gold, impulsos de mala entraña y remordimientos de buena tripa.

Nat alcanza a oír y se va pero volando hacia la Plaza del Mercado, quiere figonear qué pasa entre Nepomuceno y Shears.

Sabas y Refugio celebrarían la humillación del benjamín de su mamá, pero no pueden por llegar la noticia de Juez Gold, esto les cae al hígado. Se siguen de largo, como si nada.

Glevack alcanza a oír la frase, estaba a punto de abordar a Sabas y Refugio. Él sí se detiene abrupto, pero también de golpe se apresura, huele la oportunidad de hablar con Juez Gold.

Ni cuatro pasos después, se acerca a los hermanos Olga, una de las que a veces lava ropa para doña Estefanía. Olga quiere pasarles fresquita la de Shears con afán de reconciliarse con ellos, le traen disgusto porque les contaron que había ido con doña Estefanía a soplarle que le llevaban la contra a sus intereses. Pues claro que era verdad, quién no lo va a saberlo (sobra decir que hasta doña Estefanía), pero qué necesidad tenía de echar veneno.

Ya para entonces, aunque todavía caminen lado a lado, Sabas y Refugio van ensimismados, los dos sin saber que el otro también cuenta los segundos, los minutos, las horas que faltan para ir a la casa de los Stealman, ahí se hablará largo del asunto Shears-Nepomuceno, pensando «hay que aprovechar para dejar bien claro que media un océano entre ese, un díscolo, y nosotros», luego la sospecha de que si van se arriesgan a que les pongan caras, ese Nepomuceno, «un buscaproblemas, justo tenía que salir con esta hoy mero» cuando los han invitado.

Los hermanos no le hacen ningún caso a Olga.

Juez Gold también se le hace el sordo.

Olga, nomás por no sentirse mal, corre a vocearle la frase a Glevack. Glevack intenta emparejarse con los hermanos, de a tiro ignora a Olga, se sigue de largo, como si no le hablara nadie; está de mal humor y uno diría que cómo, si Glevack es el primer favorecido por el despojo a doña Estefanía que Nepomuceno intenta sin suerte revertir por vía legal, de ahí la visita de hacía un ratito al juzgado.

Qué gusto le daría a Glevack insultar él mismo a Nepomuceno en plena Plaza del Mercado, llamarlo enfrente de todos «poca cosa», peores le ha hecho ya, está ensañado contra el que fuera su amigo y cómplice.

(Faltó un ápice para que por sus acusaciones lo metieran a la cárcel cuando el asunto del mulero muerto cuyo cadáver fueron a tirar al pie de la alcaldía de Bruneville; a voces le echaron la culpa a Glevack y a Nepomuceno —todavía amigos—, que porque ellos le habían encargado al muertito ir tras el ganado —quesque para reponer el que Stealman le había robado a Nepomuceno—; la desjusticia texana les sacó los dientes a los dos indiciados. Glevack testificó que él nada de nada, que todo era hechura de Nepomuceno, dio muchos detalles y contó otros, hasta dijo que si Nepomuceno era el que había interceptado el correo, le colgó el bandidaje de los robines y quién sabe cuánto más).

Con lo de la insultada a Nepomuceno, Glevack debiera estar de fiesta, pero se malhumorea porque Juez Gold no lo quiere oír y además se le entromete la sospecha de que Sabas y Refugio se le están volteando.

Poquito antes, Glevack había engatusado a doña Estefanía para que se dejara tomar el pelo por los gringos, muy a sabiendas de que la despojarían de lo lindo, y de que a él le tocaría parte del botín.

Olga se llena de peores que la sospecha, hay que sumarle que ya no tiene dieciocho sino el doble, ya perdió el lustre primero. Ni Glevack, ni nadie, ¿pues quién iba a mirarla como antes? Se les va el relumbro y las mujeres se

vuelven como fantasmas, ya no hay ni quién les tire un lazo; salen a la calle, nadie voltea a mirarlas. Algunas, como Olga, no soportan las ignoren, hacen cualquier cosa con tal de que alguien las oiga —otras, sienten ligereza y alivio con el desdén—. Por esto, Olga cruza la calle principal (Elizabeth), camina por la que entronca con esta (Charles) y toca a la puerta de la casa del ministro Fear, que le queda mero enfrente.

No hace ni un mes que Olga les ayudó a acomodar la trousseau de la señora Eleonor, la flamante esposa del ministro.

Eleonor, aunque recién casada, tampoco se cuece al primer hervor, ya pasa de los veinte. Su marido, el ministro Fear, pega a los cuarenta y cinco, llevaba dos años viudo cuando buscó por letra impresa una nueva esposa. El anuncio, en periódicos de Tuxon, California y Nueva York, decía en escueto inglés:

«Viudo y solitario, busca esposa que sepa acompañar a un ministro metodista en la frontera sur con los deberes que le son propios. Favor de responder a Lee Fear en Bru-neville, Texas».

Olga toca la puerta de los Fear por segunda vez, impaciente. Golpes tan fuertes que calle abajo se entreabre la de los vecinos, los Smith —su casa hace esquina con James, la calle que corre paralela a Elizabeth.

Asoma la carita la bella Rayo de Luna —una india asinai (otros los llaman indios texas, los gringos les dicen haisinai, son familia de los caddos), los Smith la compraron por una bicoca hacía un par de años, poco antes de que se pusiera de moda tener féminas salvajes para el servicio, si no les habría costado el doble; una ganga en todo caso, bonita, de buen de trato, hacendosita, aunque a veces se distrae—. Rayo de Luna sale a la calle.

Un segundo después, abre la puerta de la casa de los Fear Eleonor, su expresión de extrañeza, como si de pronto bajara de otro mundo. No habla una palabra de español,

pero Olga se da a entender. Primero, le ofrece sus servicios, lavar, limpiar, cocinar, lo que les haga falta. Eleonor declina amable. Después, ya con el ministro Fear presente (curioso por saber quién está en la puerta) y con Rayo de Luna a su costado —a la joven esclava de los Smith le interesa el chisme y se va arrimando—, apoyando sus palabras con señas corporales —una cruz de cinco estrellas al pecho por el sheriff, por Lázaro el violín y el lazo, por Nepomuceno el nombre, porque quién no sabe en la región que don Nepomuceno es Nepomuceno—, Olga les relata el incidente.

Los Fear no dan ninguna muestra de interés (el ministro por prudente, y Eleonor porque está en sus cosas), en cambio Rayo de Luna, sobremanera, sabe lo tonto que es el sheriff Shears —el carpintero estuvo en casa de los Smith para arreglar la mesa del comedor, se la dejó más coja— y al guapo Nepomuceno lo tiene muy bien visto —la hija de los Smith, Caroline, está prendada de él (también Rayo de Luna un poco, como todas las jóvenes de Bruneville).

Cuando el ministro Fear cierra la puerta de la casa, Olga se enfila de vuelta al mercado —retoma Elizabeth— y Rayo de Luna se hace la remolona, oteando hacia la calle Elizabeth, buscando algún pretexto para no entrar a cumplir sus deberes en casa de los Smith (no se sabe dar el gusto de la holgazanería así nomás), doblan la esquina Agua Fuerte y Caída Azul, dos indios lipanes —los lipanes son salvajes como pocos, pero amigos de los gringos—, montando preciosos caballos, seguidos de un mustango pinto, típico de las praderías, con la carga (si les ofrecen buen precio, lo venden).

Agua Fuerte y Caída Azul se habían desviado de calle James para evitar a los hombres de Nepomuceno porque no vienen a Bruneville a buscar problemas.

A pesar del calor, los lipanes traen mangas largas entalladas, con rayas vistosas. Calzan mocasines adornados. Llevan en la frente, atadas en la nuca, bandas bordadas de co-